

Un papa no violento en una época de terror

Drew Christiansen

Opuesto a la Guerra del Golfo y a la invasión de Irak, partidario de una intervención humanitaria en Yugoslavia, Juan Pablo II reflexionó sobre el problema de la guerra justa y, sobre todo, mostró su preferencia por la no violencia, la justicia y el perdón.

Lo que la religión diga acerca de la paz y la guerra puede repercutir a largo plazo sobre las relaciones entre los pueblos. Juan Pablo II jugó un papel de primer orden en la transformación de la Europa del Este a fines de los años 80 y comienzos de los años 90. Influyó en el curso de los acontecimientos en Haití, en Nicaragua, en el Líbano y en Timor Oriental. Por lo que se refiere a su enseñanza sobre la paz, será necesario dejar pasar aún cierto tiempo para medir todo su impacto. Varias conferencias episcopales se han referido a ella en sus respuestas a acontecimientos recientes. Sin embargo su repercusión en la postura de los creyentes y –más ampliamente– en la opinión pública y en los medios de

comunicación queda aún por determinar. Como decía él mismo en la encíclica *Evangelium Vitae*: «Entre los signos de esperanza, deberíamos enumerar la difusión, en diferentes capas de la opinión pública, de una nueva sensibilidad más opuesta a la guerra, sensibilidad que podría convertirse en un instrumento para la solución de los conflictos entre los pueblos y estimular la búsqueda de medios no violentos para oponerse a los ataques armados» (nº 27).

Juan Pablo II nos ha legado una teología de la paz, de la que el tema de la «guerra justa» es sólo una parte

Al estudiar las tomas de posición de Juan Pablo II sobre la paz y la guerra, he insistido en el hecho de que nos ha legado una teología de la paz, de la que el tema de la «guerra justa» es sólo una parte. Pero además he añadido, cada vez con mayor insistencia, que la guerra justa estaba subordinada a esta teología de la paz, ya que la presión de las crisis y la fascinación intelectual por el análisis de las causas de la guerra justa llevan con frecuencia a ignorar el horizonte global de una teología de la fe en la que se asienta aquella re-

flexión. Una tentación a la que confieso que yo mismo he sucumbido alguna vez.

Una teología de la paz

La enseñanza católica moderna sobre la paz y la guerra es anterior al pontificado de Juan Pablo II. Diversos observadores han recordado los intentos realizados durante el concilio Vaticano I (menos de diez años después de la Guerra de Secesión) para persuadir a los obispos de que condenaran la guerra moderna. Las cronologías oficiales remontan hasta los esfuerzos de Benedicto XV por detener la Primera Guerra Mundial o destacan la oposición de los obispos europeos a los bombardeos de 1944. En este mismo sentido, la fundación de *Pax Christi*, en 1945, contribuyó a acercar a los pueblos francés y alemán y a hacer brotar la conciencia de la necesidad no sólo de regular la guerra, sino también de cultivar una cultura de la paz. Movimientos de laicos cristianos como los Focolari o la Comunidad de San Egidio tomaron el testigo de esta misión. Pero, sobre todo, dos acontecimientos clave dejaron una huella profunda en la elaboración de una teología de la paz: la encíclica de Juan XXIII *Pacem in terris* y la constitución pastoral del Vaticano II *Gaudium et spes* acerca

de la Iglesia en el mundo moderno. El primer texto articula una nueva visión del orden mundial basado en la promoción de los derechos humanos. El segundo documento refuerza la condena de la guerra total y declara necesario abordar los conflictos de una manera nueva, al mismo tiempo que admite la resistencia no violenta.

Pacem in terris es el **texto fundacional de la doctrina social sobre la paz**. Elabora una concepción positiva de la paz, característica de la tradición católica moderna: la paz es «mucho más que la ausencia de guerra». Esta encíclica articula los conceptos de promoción, defensa y protección de los derechos humanos. Juan XXIII había manifestado muy pronto, siendo nuncio en París, un interés por los derechos humanos, y había animado a los redactores de la carta universal de tales derechos. Para la redacción de su encíclica recurrió a Mons. Pietro Pavan y a Jacques Maritain, dos defensores de la democracia y los derechos humanos.

La promoción de la paz

A partir de Benedicto XV, todos los papas modernos se han implicado de una manera particular en la búsqueda de la paz. Desde este punto de vista, durante su largo pontifi-

cado, Juan Pablo II ha jugado un papel excepcional. En primer lugar, por su actividad a favor de la liberación de los pueblos de Europa del Este, comenzando por Polonia. Pero además se implicó también en otros continentes. En Haití, donde el régimen de Duvalier se derrumbó tras su visita; en Timor, donde él fue prácticamente la única persona del Vaticano que apoyó al obispo Felipe Ximenes Belo en su defensa de los pueblos de aquel país; en el Líbano, donde contribuyó a curar las heridas de quince años de guerra civil.

Timor Oriental constituye un buen ejemplo de su compromiso a favor de los derechos humanos. Indonesia había ocupado esta antigua colonia portuguesa tras la revolución de 1974. Para muchas personalidades del Vaticano, Timor planteaba un problema difícil, ya que hacía dudar de la lealtad de la minoría católica en el interior del país con más ciudadanos musulmanes del mundo entero. Un representante del Vaticano había dicho a un enviado de Mons. Belo: «por 400.000 católicos, no podemos sacrificar a toda la cristiandad». El gobierno indonesio había declarado la guerra a los rebeldes en varias regiones, como por ejemplo en Aceh. Mientras tanto la población católica de Timor Oriental se encontraba en estado de efer-

vescencia, apoyada por el administrador apostólico, el obispo y el clero católico. La ocupación indonesia estaba sostenida por corrientes racistas y anticatólicas que reforzaban a una dinámica colonialista. Sin embargo, la Curia vaticana hizo esperar a Mons. Belo varios días antes de recibirlo, a pesar de que el Santo Padre estaba dispuesto a mantener un encuentro con él.

Tras esta entrevista, en octubre de 1989, el papa llevó a cabo un peregrinaje a Timor Oriental. Durante la misa celebrada en Tacu-Tolu, donde los indonesios habían lanzado a sus prisioneros desde helicópteros en vuelo, llamó a los creyentes de Timor «la sal de la tierra». «Muchos inocentes han muerto, mientras que otros han padecido venganzas y represalias. El respeto de los derechos que deben hacer la vida más humana ha de ser firmemente asegurado, tanto los derechos de los individuos como los de las familias». Aquella visita del papa dinamizó la resistencia en un momento en que ésta perdía pie. Diez años más tarde, cuando los militares indonesios devastaron el país en venganza por haber votado a favor de la independencia en un referéndum celebrado bajo los auspicios de las Naciones Unidas, Juan Pablo II solicitó una intervención humanita-

ria para salvar al pueblo del pillaje y garantizar su independencia.

No violencia en 1989

Las reacciones de Juan Pablo II durante el proceso de derrumbe del comunismo constituyen una prueba de su compromiso por la no violencia. Tad Sulz, biógrafo del papa, afirmaba que la relación triangular entre Gorbachev, Jaruzelski y Juan Pablo II evitó una invasión soviética de la Europa del Este como la que se produjo en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. El milagro de 1989 fue posible porque los rusos se abstuvieron de llevar a cabo una demostración de fuerza y por las sublevaciones populares. Sin atribuirse méritos particulares, Juan Pablo II proponía en su encíclica de 1991, *Centesimus annus*, su propia interpretación de las revoluciones de terciopelo en las que veía el fruto de la no violencia cristiana. El orden europeo nacido de la Segunda Guerra Mundial «fue anulado por el compromiso no violento de algunos pueblos: tras haberse negado siempre a someterse a la fuerza del poder, consiguieron dar testimonio de la verdad. Desarmaron al adversario, ya que la violencia siempre necesita justificarse por medio de engaños, y presentarse falsamente como una de-

fensa del derecho o como la respuesta a una amenaza creada por otros» (nº 23).

Por ello rechazaba la visión «realista» de las relaciones internacionales, y ponía en su lugar su interpretación cristocéntrica de los acontecimientos. «Sin lugar a dudas, la lucha que ha desembocado en los cambios de 1989 recurrió a la claridad, la moderación, el sufrimiento y el sacrificio. De alguna manera, se trataba de un combate nacido de la oración, y hubiera sido inimaginable sin una inmensa confianza en Dios, el Señor de la historia, que sostiene con su mano el corazón humano. Juntando sus propios sufrimientos en la lucha por la verdad y la libertad con los sufrimientos de Cristo en la cruz, es como el hombre puede realizar el milagro de la paz» (nº 25/3).

En *Centesimus annus* Juan Pablo II presentó una espiritualidad cristocéntrica de la no violencia. Esta espiritualidad es la que fundamenta sus juicios prácticos y políticos acerca del uso de la fuerza. «La persona que junta sus sufrimientos con los sufrimientos de Cristo en la cruz (...) se encuentra en la disposición necesaria para discernir el camino, muchas veces estrecho, entre la cobardía que se rinde ante el mal y la violencia que, bajo la ilusión de combatir el mal, no hace

sino volverlo peor aún» (nº 25/4). Este texto ilumina el sentido del coraje cristiano en la defensa de los derechos: se niega a aceptar que sean ignorados y resiste activamente sin recurrir a la fuerza. La respuesta armada, por el contrario, al mismo tiempo que lucha por vencer al mal, corre el riesgo de volverlo peor aún.

en «*Centesimus annus*»

Juan Pablo II presentó una
espiritualidad cristocéntrica
de la no violencia

Una nueva definición de la guerra justa

El compromiso del papa a favor de la no violencia explica su rechazo a aprobar el uso de la fuerza en la mayor parte de los casos. **Se opuso a la Guerra del Golfo** de 1991, a la invasión de Irak en 2003, mientras que numerosos jefes de Estado, particularmente los presidentes norteamericanos, eran de la opinión contraria. La postura de Juan Pablo II coincide con lo que los obispos norteamericanos llaman la presunción contra el uso de la fuerza en la doctrina católica acerca de la guerra y la paz.

Sin embargo, para sorpresa de muchos y consternación de quienes

imaginan que la idea de guerra justa tiene un gran parecido con la concepción tradicional de las relaciones internacionales, Juan Pablo II fue uno de los primeros en apoyar una **intervención humanitaria en Yugoslavia**. Sus llamadas en este sentido fueron a veces escuchadas, aunque con retraso, como sucedió en Bosnia, en Kosovo y en Timor Oriental, mientras que otras veces fueron totalmente ignoradas, como en el caso de Ruan-
da y del Congo.

*la concepción de la guerra
justa de Juan Pablo II
coincide plenamente con el
historial de un papa que
vivió sucesivamente bajo el
poder nazi y soviético y que
condujo el movimiento
«Solidaridad» por el camino
de una resistencia pacífica*

Durante su pontificado, la enseñanza sobre la guerra justa fue mejor precisada. La presunción contra el uso de la fuerza se hizo explícita, la preferencia a favor de la no violencia fue más claramente destacada, y el uso de la fuerza quedó limitado a objetivos de mantenimiento del orden. A ciertos cristianos más militantes, esta

postura les parece una versión debilitada de la tradición de la guerra justa, particularmente tras el 11 de Setiembre. Pero marca una evolución de la idea de guerra justa tal y como se la concebía durante la Segunda Guerra Mundial. Esta concepción de la guerra justa coincide plenamente con el historial de un papa artífice de la paz que vivió sucesivamente bajo el poder nazi y soviético, que condujo el movimiento *Solidaridad* por el camino de una resistencia pacífica y que facilitó la liberación de la Europa del Este.

Hacer la paz cuando reina el terror

No obstante, se encuentran indicios de un cuestionamiento de la doctrina estricta de la guerra justa en el mensaje al mundo sobre la paz de 2002: *No hay paz sin justicia, ni justicia sin perdón*. Las primeras páginas del documento responden a los desafíos que representaron los acontecimientos del 11-S a la luz de la esperanza cristiana: «Los grandísimos sufrimientos de los pueblos y los individuos, y entre ellos los de mis propios amigos y conocidos, causados por los nazis y los comunistas, nunca han estado lejos de mis oraciones y pensamientos. Con frecuencia me he parado a pensar en la siguiente

pregunta: ¿cómo podemos instaurar de nuevo un orden moral y social tras semejantes violencias? Mi convicción, apoyada en la razón y confirmada por la revelación bíblica, es que ese orden perturbado no puede ser plenamente restaurado sin una respuesta que junte a la vez la justicia y el perdón».

Una vez más, el papa aborda el conflicto desde una perspectiva abiertamente evangélica. En el corazón de su mensaje sitúa el papel del perdón en la solución de los conflictos, a pesar de que a muchos les cuesta aceptarlo. Al mismo tiempo, el papa reconoce el derecho de un país a defenderse del terrorismo: «Existe un derecho de defensa contra el terrorismo, que, como todos los derechos, debe ejercerse dentro del respeto de los límites morales y legales en la elección de los fines y los medios».

En consecuencia, este derecho a defenderse debe estar limitado en particular por la identificación de las principales causas y por un uso no mortal de la fuerza en la eliminación de las causas del terror. El papa aceptó con reservas la guerra de Afganistán, pero se opuso vigorosamente a la de Irak, no menos que a la doctrina de la guerra preventiva sobre la que se basaba esta intervención armada. Está justificado defenderse contra el terror y

ello puede implicar un uso razonable de la fuerza para capturar a los terroristas y a quienes los apoyan. Pero rechazaba la extensión de tal derecho a la prevención de un ataque posible. La presunción contra el uso de la fuerza sigue intacta, lo mismo que una interpretación estricta de los criterios de la guerra justa.

La oposición del papa a la violencia en la guerra contra el terror ha quedado absolutamente clara en su mensaje: «**Los dos pilares de la paz son la justicia y el perdón**».

*existe un derecho de defensa
contra el terrorismo, que,
como todos los derechos,
debe ejercerse dentro del
respeto de los límites
morales y legales en la
elección de los fines y los
medios*

Por supuesto, la justicia forma parte de la concepción positiva de la paz, en conexión con los derechos humanos y el desarrollo. El perdón constituye un nuevo acento de la concepción católica, aunque se trata de un tema frecuente en el ministerio del papa. Nosotros, los estadounidenses, hemos de estar atentos a este acento: al

perdón y no solamente al derecho de defendernos contra el terror. «La sociedad también necesita absolutamente el perdón. Las familias, los grupos, las sociedades, los Estados, y la misma comunidad internacional, necesitan el perdón para rehacer los vínculos rotos, superar las situaciones estériles en las que las partes se acusan mutuamente y vencer la tentación de rechazar a los demás sin apelación posible. La capacidad de perdón se encuentra en la base de toda sociedad futura que pretenda situarse bajo el estandarte de la justicia y la solidaridad».

Este mensaje no es sino una aplicación del Evangelio a los problemas

internacionales. La reafirmación de la idea de guerra justa aplicada a la Defensa nacional constituye un principio subordinado. En el centro de la respuesta de Juan Pablo II al terror se encuentra el Evangelio mismo. En un periodo de violencia, ha seguido siendo un papa no violento. La estrategia pastoral de la Iglesia es la búsqueda de la justicia, la promoción de la reconciliación (interreligiosa), la difusión de la no violencia y la utilización de la guerra justa para limitar el recurso a la guerra. Sobre estas cuestiones de guerra y paz, Juan Pablo II ha dejado a la Iglesia una hoja de ruta que habrán de poner en práctica las generaciones venideras. ■